

NOTAS A “PIE DE RUMBAS”

Antonio Arroyo Silva

La escritura es un viaje premeditado. El viaje sanguíneo de una literatura mestiza a otro mestizaje. La poesía, además, es respiración y, como tal, ritmo. Con un ritmo académico-versificador la respiración parecería artificial, pero ésta termina rompiendo los límites y surge el poeta individual que aspira inspira la atmósfera de su entorno.

Santa Cruz de Tenerife (¿más una que otra?) tiene raíces en La Habana y viceversa. Los ritmos cubanos llenan Las Ramblas, La Isleta o la Avenida Marítima (el Malecón de Canarias, según dicen). Armas Marcelo afirma que Canarias y Cuba están unidas por la cultura del tabaco, pero hay algo más allá de tal asidero materialista: una cosmovisión. Nuestras maneras de ser periféricos hacen que nos veamos como seres reales y volvamos nuestros oídos a un singular coloquialismo que convulsiona la lengua española y la hace renacer de sus cenizas. También nos une el elemento africano y toda esa oleada de pueblos que han cruzados nuestras orillas y han dejado su huella en nuestra forma de mirar las cosas.


El jazz —afirmo yo— es un grito existencial, un grito de Munich, una agonía del ser ante el espejo en añicos que se hace ritmo. El hip-hop es la queja argumentada del minotauro moderno ante la opresión del hombre. Los ritmos cubanos, la alegría de vivir en una naturaleza pletórica, una realidad que desborda hasta el punto de la opresión. El folklore canario es un retazo que las anti-Ariadnas de la Sección Femenina (entre otros próceres) hilaron a todo trapo para que el pueblo perdiera en las ruinas del pasado sus señas de identidad (pan y fútbol = pan y folklore). Algo salió de ese marasmo, sin embargo, y quedó enquistado en la conciencia colectiva de ser de aquí (¿reminiscencias norteafricanas, líbico- guanches...?) Todo es uno, todos los ritmos y sus historias son un mismo aliento.

En poesía, el panorama fue mucho más desalentador. Del sonetazo a la cuarteta (los suspirillos garcilasistas): el epigonismo de los epígonos peninsulares políticamente correctos, hasta que dijimos basta, abofeteamos a nuestros propios próceres y fuimos creciendo con nuestros propios pasos, con nuestro mestizaje al amparo de los cafetines de París-Londres-Dublín, de los barrios marginales de Harlem y el Bronx y con la voz de los hermosos irredentos condenados a la hoguera por la inquisición franquista: esa auténtica España del exilio interior y exterior. Así encontramos nuestros propios homúnculos. El Toscal y el Malecón de La Habana, Ulises en las librerías de viejo de

Vegueta, The Wasted Land en los eriales de nuestros sures... y el conjuro sigue aventando los muertos de donde la hierba no crece.

Roberto Cabrera, en su doble identidad de músico y escritor (rapsoda) ha vivido toda esta historia. La respira y nos lanza su bomba de relojería como activista del lenguaje que es; nos moja con su pie de lluvia del lenguaje para que todos quedemos borrachos de sentido con el ron de caña de La Habana, del Valle, de Arehucas, porque el sinsentido viene con la resaca: la de las olas sobre el malecón, la del espíritu sobre su vacío de ser.

En cierta ocasión, Roberto me comentó que nunca aprendió la métrica al uso. ¿Cómo es posible si hasta hace parodia de ella desde el mismo intimismo y sensualidad que lo caracterizan? Esa métrica chocaría con su ritmo porque es la voz de la calle que él asimila pero no de forma espontánea, sino muy premeditada. Octavio Paz diría que evoca el fantasma sonoro de la oralidad; por eso la puntuación y el metro se desbordan. De esta manera, el ritmo parodiado junto al ritmo vital se traducen muchas veces en una parodia de esa realidad mestiza antes mencionada, hasta el punto de su transformación en otra suerte de mestizaje más real si se quiere. Por eso el poemario culmina con un chaparrón musical, con un pie de rumbas que asimila el jazz, el son, el rap y la poesía. Así la propuesta de la 1ª sección del libro se materializa, eclosiona su lenguaje, su respiración. Poco digo de los signos que se siembran a lo largo de la obra, como semillas de otros signos conductores: desde el arúspice, el bereber transeúnte extranjero de la city contemporánea hasta el propio grupo Gato Gótico que dice y toca y canta en el poema.

Esas tres Gracias botticelianas de “Las Manos y los Ojos”, ese rapsoda con su ojo avizor y todo el entresijo de voces que están en la misma tierna herida (en la misma alegría del lenguaje que duele y libera), hacen que la poesía llegue a sus más altas cotas de expresión y entre con pie de rumbas en el sonido del saxofón de Olga y en el soliloquio existencial suinero de Mariano Luis, que es un Pan en la esquina de su Arcadia vital. 

Antonio Arroyo Silva (Santa Cruz de La Palma, Islas Canarias, 1957). Español, licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de La Laguna. Profesor de Lengua y Literatura Castellana en Educación Secundaria en el IES Santa María de Guía, Gran Canaria. Ha colaborado en revistas literarias como *Artymaña* de la Universidad de La Laguna, *La Fábrica* de Santa Cruz de La Palma, *Zurgai* de Bilbao y en revistas digitales como *Asociación de Escritores de Chile*, *Palabras* de Leo Lobos, *La Mancha* y *Alicia La Necia*. Ha publicado *Metamorfosis* en la revista *Azul* del Cabildo Insular de La Palma, y *Esquina Paradise* en la editorial El Vigía de Santa Cruz de Tenerife. Forma parte, junto con Roberto Cabrera y Olga Luis Rivero, de la Asociación Cultural Gato Gótico. Es Secretario General de la Asociación Canaria de Escritores - ACAE. Este material que ahora publicamos pertenece a la Editorial El Vigía.